

CONTESTACIÓN
de
DON LUIS CORREA

Señores académicos:

Señores:

Quisiera en estos momentos volver a los días de mi exultante juventud, cuando yo también, al ejemplo de lo que hacían entonces los más claros ingenios, nacionales y extranjeros, exaltaba en versos henchidos de fervor admirativo, las singulares cualidades, espirituales y humanas, que constituían la potente personalidad de Rufino Blanco-Fombona. Cómo no ceder a la magia de esa página de Rubén Darío, trabajada con arte supremo, por donde pasa Blanco-Fombona en compañía de Benvenuto Cellini, luego de haber hecho la corte, en el palacio de la Señoría, al poderoso y magnífico Lorenzo de Médicis; cómo permanecer insensible ante esa joya de antología en que César Zumeta canta los rasgos viriles y el ímpetu rebelde del poeta en quien se fundían las gracias de un Apolo adolescente y de un Don Juan pendenciero, cómo sustraerse a la ilusión con que Gómez Carrillo en una noche de fiesta parisiense sigue las huellas del compañero que por raro capricho ha tomado el traje, ceñido la espada y destrenzado el penacho que lucen en la suntuosa decoración del Francisco Primero de Víctor Hugo. Yo también, ante aquel espectáculo insólito de intelecto y de fuerza, ante aquel desbordarse de la vida por los cauces diamantinos del amor, de la belleza y de la gloria, ante aquella pasión que se exprimía de modo tan original y comunicativo en la pánida siringa, dejé caer ante el paso de quien no caminaba sino en triunfador, mi lírica rosa de entusiasmo:

*¡Qué bien cuadran las ganas de atravesar un río
y de domar un potro en su espíritu fuerte!*

Sucedía esto en los días en que una gran revolución literaria conmovía a todo el mundo de habla española. El modernismo, conducido por Rubén Darío, tomaba la vuelta de las carabelas y se instalaba triunfalmente en el solar de nuestros mayores. Escritores y poetas pugnaban por encontrar nuevas formas de expresión, nuevas ideas, nuevas sensaciones; por remozar el idioma y darle una flexibilidad desconocida, valiéndose como auxiliares del color y la música. Esa revolución, nacida en América, tuvo en cuanto a la poesía, un solo innovador en Venezuela: Rufino Blanco-Fombona. Sus otros dos representantes más conspicuos, Manuel Díaz Rodríguez y Pedro Emilio Coll, expresábanse en prosa: el primero en prosa limpia, castigada y sonora, como para que cupieran en ella con holganza sus ideales estéticos, el culto en que se abrasaba por la Belleza todopoderosa; en períodos más llanos el segundo, como para dejar correr con ruido apacible, las dudas de una filosofía que irisaba la sonrisa de Renan y subía por Montaigne hasta el yermo de la Imitación y el Eclesiastés.

En uno de sus mejores libros, "El Modernismo y los Poetas Modernistas", Rufino Blanco-Fombona estudia al través de sus más descollantes personalidades, desde los iniciadores hasta los epígonos, ese movimiento de liberación espiritual, que tiene a su juicio un alcance semejante al obtenido en lo político por nuestra Revolución de Independencia. Del modernismo en efecto sale el hallazgo de una literatura propia, reflejo del alma de América, como salió de la guerra de Emancipación la conciencia de la plena madurez para las funciones del gobierno y la autodeterminación de nuestros destinos. En el libro de Blanco-Fombona, testimonio de excepcional interés, sólo falta un capítulo, el suyo, aunque más de una vez, sobre todo cuando cuenta sus relaciones con Rubén Darío, de un sabor tan

personal, corra su nombre en compañía de quien tuvo como todo ser humano debilidades y miserias y un alma de niño escondida en un cofre de orientales pedrerías.

La iniciación de Rufino Blanco-Fombona es súbita y deslumbrante. Cuando su musa rompe a cantar, versifican todavía uno que otro de los supervivientes de la generación académica de Guzmán Blanco, vueltos los ojos con ciega persistencia a una España neoclásica, pagada de las palabras antes que de las ideas, a una España que preparaba, sin ningún sentido filosófico de la realidad, los desastres de Cuba y Puerto Rico. Escribían también los opositores surgidos de la reacción política de Rojas Paúl, enemigos como era natural de la generación precedente, y entre los que se distinguían Gil Fortoul, López Méndez y Lisandro Alvarado, materialistas, librepensadores, que gustaban llamarse hombres de ciencia, y estaban unidos por una dirección universitaria que tomó por guías el positivismo de Augusto Comte, el monismo de Darwin y los postulados de la sociología spenceriana. Al lado de ellos, unidos por vinculaciones de lucha en el periodismo de oposición a Guzmán Blanco, cerrará filas un grupo de poetas, los bohemios, que amarán del verso solamente el ropaje exterior, la hueca sonoridad, románticos retardados en cuyos corazones encontraban todavía un eco los sollozos de Abigaíl Lozano. Las cumbres de este grupo, Pimentel Coronel, Gabriel Muñoz y Andrés Mata, van con los años a cortar la madera con que hacerse cada uno un busto pequeño, una estatuilla agradable, que acusará los rasgos distintivos de su poesía: visión colorista en Pimentel; sensualidad pagana en Muñoz y musical dominio de la palabra en Andrés Mata. Cabe también advertir que aún se hacía sentir la influencia de Pérez Bonalde, quien por los aspectos universales de su obra, sus adaptaciones de Poe, Heine, Guerra Junqueiro y Paul de San Víctor; su sólido humanismo y sus grandes dolores, podría considerarse como uno de los precursores del modernismo. Tuvo en efecto la visión amplia de un mundo sin fronteras; amó la libertad del pensamiento, el decoro de la expresión artística, el derecho a la duda y a la negación frente al insondable misterio de la naturaleza.

Es este el momento en que a los veinte años (1895), Rufino Blanco-Fombona irrumpe en nuestras letras con "Patria", poema laureado por una sociedad artística y literaria de la ciudad de Coro. Al punto se cayó en la cuenta de que aquel brote lírico, aquella explosión de patriotismo, no tenía nada que hacer con las odas premiadas antiguamente en certámenes resonantes; con las liras imitadas a Fray Luis, ni con los endecasílabos épicos abusivamente tomados de préstamo a Quintana. Un tinte de melancolía, reflejo de un dolor sincero y de una sincera angustia ciudadana; una expresión aparentemente desmañada; un instinto sensual que lo lleva a confundir la patria con la imagen de la novia primeriza, cuyo seno acariciamos temblando, hacen de aquel poema la revelación de un poeta señero en la evolución de nuestras letras. Cuatro años después, su primer libro, *Trovadores y Trovas* (1899), confirmará la luminosa anunciación y traerá una nueva sorpresa: aquel poeta es dueño también de una prosa naturalmente elegante, que espontánea o deliberadamente se aparta del preciosismo puesto a la moda por los imitadores de la prosa artística de los franceses, de una sintaxis distinta de la nuestra y de cierta rigidez que contrasta con el caudal y naturalidad de la española. La prosa en que Blanco-Fombona laudaba a sus poetas predilectos, bajaba de las cumbres del Siglo de Oro, particularmente de Quevedo y Gracián, para apacentarse luego en los predios de los maestros americanos que hablaron también con infanzona gallardía, como Montalvo, Cecilio Acosta y Martí, cuyas influencias apuntan con aciertos felices en el discípulo. En este punto no está de más señalar, aunque sólo sea de paso, el ambiente en que se educó Blanco-Fombona. Hijo de don Rufino Blanco-Toro y de doña Isabel Fombona Palacio, se crió al amparo de su abuelo materno, don Evaristo Fombona, fundador de la familia de este nombre en Venezuela, cultísimo poeta literato, cuyos escritos denotan una constante preocupación de lo castizo. Su tío materno, don Manuel Fombona Palacio, fue internacionalista distinguido y poeta de numen parnasiano, algunos de cuyos poemas pueden parangonarse con los mejores de Gutiérrez Coll y Guillermo Valencia. Su tío, don Eduardo Blanco, el glorioso autor de *Venezuela Heroica*, lo tuvo entre

lo más granado de sus afectos y lo estimuló con sus consejos, de una paternal benevolencia; su tía, doña Benigna Fombona de Zérega, la *Manina* familiar, fue mujer de gusto exquisito, cantada por los poetas de su tiempo, tanto españoles como americanos. Si pasamos luego a la herencia para explicarnos ciertas inclinaciones y actitudes, nos tropezamos entre los ascendientes de Blanco-Fombona con la figura patricia de Don Manuel Palacio Fajardo, su bisabuelo materno, diplomático, escritor, amigo y Ministro de Bolívar, de quien mereció el honor altísimo de revisarle el discurso de Angostura. Más allá podríamos encontrarnos con algún Gobernador quisquilloso, con algún Oidor engolado, y mucho más allá con este o aqueste Conquistador de espada y coraza tan duros como su corazón. En la Guerra a Muerte, en la lucha de la barbarie contra la civilización, personificada la una en Boves y la otra en Bolívar, innumerables miembros de la familia Blanco fueron sacrificados al bote de las lanzas llaneras. Los muertos mandan y la tierra que nutre nuestra sangre de frutos del color de la simiente que en ella depositamos. Rufino Blanco-Fombona es un español del siglo XVI trasplantado a la América; sus cualidades y sus defectos, reflejados con igual vigor en su literatura y en su vida, quizá provengan de este origen. *Yo tengo el alma antigua de los Conquistadores*, dirá en grito desenfrenado y selvático ante la naturaleza virgen de la Guayana venezolana. Estos antecedentes dormidos en lo más profundo de nuestro ser anímico, hasta que un incidente cualquiera los pone en el camino de la acción, consagran a Rufino Blanco-Fombona, desde muy joven, a las ásperas luchas de la política; a acariciar la ambición de la cosa pública; a convertir en realidad el deseo de figurar, no solamente entre los creadores de belleza en los dominios de la especulación intelectual, sino entre los pastores de multitudes, entre los conductores de pueblos, aunque a lo lejos se abran con advertencia saludable los brazos de una cruz o se incendien en el horizonte las piras de los antiguos holocaustos. Así, apenas es saludado poeta, cuando ya aspira como Byron a libertar un pueblo o a cambiar los fundamentos de una sociedad corrompida. Su audacia, su valentía, sus lances de amor y muerte, lo colocan para su fuero interno, más allá del bien y del mal. Nietzsche lo seduce; el Superhombre lo obsesiona. Sus compañeros le aman o le temen, le detestan o le admiran con la más encendida y férvida de las admiraciones. Con esa aureola el poeta parte a la aventura de Río Negro, donde lo espera la tragedia. La sangre corre; cae en prisión; le siguen juicio; es absuelto y vuelve a la vida ciudadana. En Caracas goza del aura popular en un día de rebelión y de esperanza. Ve caer sin gallardía a un poderoso y ascender con asombro a un hombre que, con malicia campesina y rústicos ademanes, esconde una voluntad de hierro y una ambición de mando incontenible. Se equivocó al juzgarlo, chocaron con estrépito y salió del choque el brusco manotazo que puso al poeta en el camino del destierro. Atrás quedan actitudes donjuanescas, ambiciones incumplidas, coronas de laurel, toda una vida, en fin, a la que faltó la serenidad apolínea y se resolvió en un grande y bullicioso tumulto dionisíaco.

En La Guaira es embarcado entre esbirros. Por bagaje no lleva sino sus libros: versos de un refinamiento voluptuoso o de un entono señorial; versos de amor en donde *la turiara canta, como en árabe cuento*; versos de la prisión que alumbran los negros ojos de la amada; cuentos de poeta; notúculas de viaje; apostillas a la hora literaria; una novela de ambiente caraqueño en la que abundan observaciones de la más fina psicología; sus primeros ensayos inspirados en la obra de Bolívar. Al zarpar el barco, rumbo a lo desconocido, el poeta siente por la primera vez quizás, la *infinita vanidad* del todo que angustió las noches de Leopardi. Pero reacciona al punto, y a la meditación filosófica abre paso el deseo de la venganza. El odio azuza sus lebreles; Víctor Hugo le hace signos desde la montaña de "Los Castigos".

Al llegar a París, teatro de su adolescencia coronada de rosas y de su juventud ávida de placeres, balancea posibilidades y se siente herido por el rayo de Pablo. El carácter de sus abuelos Conquistadores aparece en su decisión inquebrantable de hacerse a nueva vida, de hombrearse con el destino, de acometer al enemigo. El venezolano, el hombre que como en toda sociedad primitiva debe su

supervivencia a su fortaleza, concentra su voluntad y se pone al servicio de América, de la historia de América, hecha epopeya en los Conquistadores y en los Libertadores; de la cultura de América, elevada hasta el heroísmo por sus escritores representativos. El odio a la tiranía y la pasión por la libertad se encienden en su pluma y lanzan cárdenos resplandores. El polemista, injusto como todos los polemistas, reparte mandobles como un Hércules irritado. Su naturaleza apasionada le enturbia muchas veces el juicio crítico, pero cuando acierta, qué claridad, qué lógica en las argumentaciones, qué reguero de flores en sus elogios, qué luces en sus recuerdos. Cuando los músculos le piden descanso, la poesía, como la Samaritana, se allega a ofrecerle su cántaro desbordado.

Asociado a una casa editora francesa, Rufino Blanco-Fombona comienza su labor de presentación y revalorización de los escritores hispanoamericanos que, por el perenne caudal humano de sus escritos, podemos considerar como nuestros clásicos. De este primer intento nace su libro, *Grandes Escritores de América*, donde el ensayista se afirma con una visión completa de lo que significa para nuestra cultura el aporte de Bello, Sarmiento, Hostos, Montalvo, González Prada. Publica la *Biografía de Ribas*, de Juan Vicente González; una selección de Cecilio Acosta; el *Facundo* de Sarmiento; los *Discursos y Proclamas* del Libertador, con comentarios vibrantes que restituyen estas obras al medio y a la época en que fueron escritas; un *Bolívar pintado por sí mismo* y las Cartas, monumento el más grande y perfecto de la gloria del Héroe, impresas en edición crítica reveladora de un esfuerzo estupendo de erudición y comprensión, de penetración psicológica, de atisbos originales y agudos en el carácter de aquel Sísifo, cuya tragedia se explica por la inmensa desproporción entre su genio y la sociedad en que le tocó florecer. Trabajo y creación forman en Rufino Blanco-Fombona un todo armonioso. Al gozador insaciable de ayer, había sucedido un hombre orgulloso de sí mismo, orgulloso de su esfuerzo, orgulloso de poder exclamar como Cecilio Acosta: *lo que yo digo perdura*.

Las circunstancias de la guerra europea hiciéronle trasladarse a Madrid y fijar allí su residencia. Madrid recobraba por los esfuerzos de la generación del 98, su puesto de capital de la España, de centro viviente de irradiación cultural para la España interior y para la España ultramarina. La tribuna se engrandecía para Blanco-Fombona. El cordial acogimiento de la intelectualidad hispánica le daba nuevos bríos para la continuidad de su obra multiforme. El periódico, como vehículo de divulgación, de contacto con el pueblo, se sumaba al libro. Periodistas habían sido Bello, Sarmiento, Irisarri, Montalvo, Juan Vicente González. De las columnas del periódico había surgido, hirviendo de vida, ese *Facundo* de Sarmiento, la obra más americana quizá de nuestra literatura. La labor de Blanco-Fombona como periodista es múltiple y cambiante; labor de acercamiento a España y de explicación de la hispanidad en América; labor de crítico, de novelador, de viajero, de poeta, de sociólogo. Ni en España, ni en América, se encuentra entre los contemporáneos con quien comparársele. Sólo en Francia y en León Daudet hallamos puntos de contacto que asemejan al galo con el venezolano. La misma pertinacia para la defensa de sus ideas, diametralmente opuestas y contradictorias; realista el uno; republicano el otro y liberal. Como Daudet, Rufino Blanco-Fombona es de los escritores sanguíneos, de la raza de los polemistas, de los apasionados; como el corifeo de la "Acción Francesa", Blanco-Fombona se crió en un medio literario, recibió una educación humanística, amó desde niño la claridad y las gracias del vivir latino. Daudet ha penetrado en la historia, como Blanco-Fombona, con alma de poeta. Sus biografías, sus reconstrucciones, tienen algo de confesional, que aclara las observaciones y utiliza los conceptos. El arte les sirve de pedestal.

Es el mismo método que hizo la gran historia de los Tucídides y los Tito Livio. De aquí los aciertos de Blanco-Fombona cuando habla de la inteligencia, del carácter, de la psicología del Libertador. De aquí el haber producido, al correr de la pluma, esa obra maestra, *El Conquistador Español en el Siglo XVI*, cuadro animado, transparente, vivaz de la España imperialista, guerrera,

navegadora e impolítica, que descubre el Nuevo Mundo y produce, con el Conquistador, un tipo universal y diferenciado, un arquetipo de la raza.

Con su labor de periodista, Rufino Blanco-Fombona alterna su labor de novelista en la que, con procedimientos a lo Balzac, hace vivir en situaciones humorísticas clavándolos con alfileres como a una colección de coleópteros, a tipos insignificantes, a enanos y enanas tropezados con los pies en sus andanzas. En cierto modo el novelista y el polemista se dan la mano, se confunden. Sus relatos pasan a ser testimonios personales del gran proceso instaurado por Blanco-Fombona al tirano y a la tiranía. Y mientras más odia al despotismo, mientras más se revuelve contra la barbarie, más ama y comprende a Bolívar, que representa precisamente todo lo contrario: inteligencia, bondad, ilustración, amor a la gloria, sentido poético de la vida, calor de humanidad. ¡Qué amor el suyo, qué comprensión y qué pasión por la figura del Libertador! En enamorado penetra por la selva bolivariana; en imaginativo, es decir, en creador, se pasea por los vericuetos de aquella vida milagrosa que señoreó todas las cumbres. Su erudición, sus lecturas, sus cotejos, son auxiliares animados y no material frío en sus comentarios sobre el carácter del Héroe; bucea en sus ideas políticas y extrae perlas de un oriente desconocido; lo estudia como escritor, como orador, y encuentra que Bolívar, en estas disciplinas, es el maestro insuperado e insuperable de la América. De él, de sus enseñanzas, de su vibración acorde con el alma del pueblo americano, habrá de extraerse el material para la gran fábrica de nuestro futuro. Esa fe, ese conocimiento, ese amor, cuyo sentido simbólico es el mismo que ponía Goethe en sus creaciones, llevaron a Blanco-Fombona a realizar el prodigio de esa obra de divulgación de la historia de América que forma la "Biblioteca Ayacucho". Cerca de cien volúmenes salen de las prensas de la "Editorial-América", anotados minuciosamente, presentados con arte tipográfico y ciencia bibliográfica, para atraer al lector y que sus enseñanzas queden grabadas en su mente. Trabajo formidable que no tiene precedentes y que quizás no tenga sucesores. Por él Blanco-Fombona realiza algo estupendo, de proyecciones incalculables para la hispanidad: restituye Bolívar a España, como héroe de la raza, y despierta en el mundo la conciencia de que el genio del Libertador reflejó todos los matices de la vida americana; equilibró la política de los Continentes; salvó para la democracia el predominio de las ideas liberales; echó las bases positivas de nuestra unidad, de nuestro engrandecimiento colectivo. Fuera de Bolívar no hay salud para la América. Su ejemplo es lección perdurable, lámpara encendida que iluminará para siempre los caminos del porvenir. Blanco-Fombona ha sido el artífice de esta interpretación bolivariana. Por ello, el puesto entre nosotros que hoy viene a ocupar, le estaba señalado de antemano. Lo esperábamos con ansia. Sea bienvenido y llegue, como un grande de España, sin destocarse ni sacudirse el polvo de la jornada, a tonificar nuestras labores, a ayudarnos con los consejos de su experiencia, a ampararnos con la clámide magnífica de su renombre y de su gloria.